

Los problemas de legitimación de la desigualdad social en el capitalismo

PEDRO CASTRO

Escuela de Historia (FHE-UCV)

RESUMEN

En esta ponencia nos ocuparemos de los procesos de legitimación de la desigualdad en la economía capitalista en su fase moderna y postmoderna. Este debate arranca con la puesta en cuestión por parte de Marx de los principios de legitimación de la sociedad burguesa y capitalista, con el concepto de ideología.

Palabras clave: CAPITALISMO, LEGITIMACIÓN, CIENCIA, DOMINACIÓN, DEMOCRACIA.

SUMMARY

In this report we will be in charge of the processes of legitimation of the inequality in the capitalist economy in their modern and postmodern phase. This debate starts up with the setting in question on the part of Marx of the principles of legitimation of the society burquesa and capitalist, with the ideology concept.

Key words: CAPITALISM, LEGITIMATION, SCIENCE, DOMINANCE, DEMOCRACY.

En esta ponencia examinaremos los procesos de legitimación de la desigualdad social generados por la economía capitalista en la sociedad moderna, y las transformaciones de estos procesos en la modernidad tardía. Para establecer un mínimo de claridad y coherencia en la reflexión es necesario clarificar dos de los términos de los cuales vamos a hacer un amplio uso en esta ponencia. El primero de los conceptos, el de sociedad, imitando a Giddens diremos que cada vez que hablemos de sociedad nos estaremos refiriendo a un Estado-nación o sociedad nacional, que ha constituido el objeto clásico de la reflexión sociológica, aun cuando se hagan reflexiones más abstractas sobre lo social. El segundo, el capitalismo, cuando hablemos de economía burguesa, economía industrial o simplemente economía, siempre nos estaremos refiriendo al capitalismo como modo de producción dominante.

Este debate arranca con la puesta en cuestión por parte de Marx de los principios de legitimación de la sociedad burguesa y capitalista, con el concepto de ideología. La primera modernidad justifica su principio de dominación social no sobre la base del carácter explícito y abierto de la dominación social por una clase, como se realiza en la sociedad tradicional centralizada, sino sobre la base del principio de intercambio justo, el intercambio de equivalentes de valor entre hombres libres sin ningún tipo de coacción externa. Cuando Marx pone al descubierto el mecanismo de la plusvalía como intercambio desigual de valor en los procesos de intercambio de la economía burguesa expone el argumento central de los procesos ideológicos, como ocultación y engaño, en la cual los intercambios entre los hombres aparecen ante ellos mismos como intercambios entre cosas, como proceso de cosificación de las relaciones entre los hombres en donde sus propios productos le son ajenos. La alienación, generada desde el centro mismo de la producción de excedentes económicos, oculta toda relación humana en las relaciones de producción y las relaciones sociales que sirven de fundamento a la sociedad moderna.

A partir de esta reflexión de Marx, se colocaría como tema central de la reflexión sociológica el problema de justificar la producción social y colectiva del valor y su apropiación privada, como proceso fundamental de legitimación social. Para los propósitos de nuestra reflexión examina-

remos, en primer lugar, el argumento que ha sido expuesto desde uno de los pensamientos más conspicuos de la modernidad, como lo es el de Jürgen Habermas, sobre los procesos de legitimidad del capitalismo y su crisis, con el avance de la apropiación de la ciencia y la técnica de los procesos humanos; en segundo lugar, el argumento de Lyotard sobre la crisis actual de la legitimidad del capitalismo derivado de los procesos de transformación del saber que han dado como resultado la última revolución científica y tecnológica. Para luego, sobre la base de la discusión anterior, señalar cuáles son los procesos de cambio sobre los cuales debemos hacer énfasis para determinar los problemas que son claves para atender a nuevos procesos de legitimación en las sociedades tardo-modernas.

LOS PROBLEMAS DE LEGITIMACIÓN EN LA MODERNIDAD

Habermas parte, al igual que Marx, del cambio radical que sufren en la modernidad los procesos de legitimación social respecto de las sociedades tradicionales. En estas últimas se producen procesos de explotación del hombre de manera abierta y explícita, que obtienen su directa justificación en la posición de una clase con respecto a otra, que resulta dominante por algún principio metasocial que provee el sistema cultural. En la primera etapa de la modernidad el principio de legitimación fue provisto por un principio no social de igualdad entre los hombres que se deriva de la igualdad en los intercambio de valor entre hombres libres.

El primer capitalismo ofrece una legitimación del dominio que no es menester fundamentar en el mito o la religión, sino que puede ser buscada en la base que representa el trabajo social mismo. La institución del mercado, en el que los propietarios privados intercambian mercancías, que incluye a aquella categoría de personas que son no propietarias y que sólo pueden intercambiar su fuerza de trabajo –como mercancía–, promete la justicia de la equivalencia en las relaciones de intercambio. Esta equivalencia en el cambio, bajo la forma de principio de reciprocidad, que es parte fundamental de la ideología burguesa de legitimación, es también principio de organización del proceso de

producción y reproducción social mismo; de ahí que el dominio político pueda en el capitalismo histórico ser legitimado desde abajo, en vez de desde arriba (desde el cielo de la tradición cultural). Habermas lo señala de la siguiente manera:

Sólo con la forma de producción capitalista, puede la legitimación del marco institucional quedar ligada de forma inmediata con el sistema de trabajo social. Pues sólo entonces puede el orden de propiedad trocarse de una relación política en una relación de producción, ya que para legitimarse puede apelar ahora a la racionalidad del mercado, a la ideología del justo intercambio, y no ya a un orden de dominación legítimo. El sistema de dominio puede ahora a su vez quedar justificado apelando a relaciones legítimas de producción (J. Habermas, 1992: 76-77).

La crítica de la ideología marxista, echó por tierra la validez del principio de igualdad en el intercambio de valor, cuando a partir del concepto de plusvalía expuso el carácter desigual de los intercambios de valor y develó el mecanismo de la alienación social como un proceso de cosificación de las relaciones humanas en donde el hombre no reconoce los productos de su trabajo como propios sino como el resultado de relaciones entre cosas. Esto conduce al proceso en el cual el hombre no reconoce sus propias obras; en el sentido más amplio, no se reconoce como productor de su propia existencia.

La reflexión de Habermas supera la propuesta de Marx en la primera formulación de la crítica de la ideología, de la visión clasista o de lucha de clases como principio de organización social, por un argumento que toma en cuenta la rápida superación de la teoría del valor-trabajo, –la producción de valor basada primordial y fundamentalmente en la explotación de la fuerza de trabajo humana–, en virtud de que los rápidos y complejos cambios de la economía capitalista desde una base de producción manufacturera a una base de producción industrial, impulsada entre otras cosas por el desarrollo de la ciencia y la tecnología, hacía que el argumento de la producción de valor por efecto de la explotación de la fuerza de trabajo perdiera fuerza e importancia, frente a la amplia penetración de la técnica en los procesos productivos y su cada vez mayor e indiscutida importancia en la formación del valor. Se hizo

poco productivo teóricamente dilucidar cuál era la mayor fuente de producción de valor, si la teoría del valor-trabajo de Marx o los modernos métodos de producción que surgían de las nuevas tecnologías, resultado de la integración de la ciencia a las nuevas formas de producción capitalista. Esta idea queda muy claramente expresada por Habermas en el siguiente pasaje:

La superioridad de la forma de producción capitalista estriba en las dos cosas siguientes: en la instauración de un mecanismo económico que garantiza a largo plazo la ampliación de los subsistemas de acción racional con respecto a fines y en la creación de una legitimación económica bajo la que el sistema de dominación puede adaptarse a las nuevas exigencias de racionalidad que comporta el progreso de esos subsistemas (*Ibidem*, 1992: 77).

Con el advenimiento de la forma de producción capitalista la sociedad queda sometida a un mecanismo regular de cambio y transformación que tiene su fundamento en el desarrollo y crecimiento de la producción y de la productividad, que la expone a un riesgo permanente de crisis, pero que a largo plazo queda institucionalizada la introducción de nuevas tecnologías y de nuevas estrategias que institucionalizan la innovación. Con lo que la sociedad capitalista puede ser entendida desde la doble condición de la extensión permanente de los subsistemas de acción racional con respecto a fines, lo que Max Weber llamó racionalización, y con el debilitamiento de la superioridad tradicional del marco institucional frente al crecimiento inexorable de las fuerzas productivas.

El capitalismo es en la historia universal la primera forma de producción que ha institucionalizado un crecimiento económico autorregulado: ha dado lugar al industrialismo, que después pudo ser desligado del marco institucional del capitalismo y asentado sobre mecanismos distintos que los de la revalorización del capital en términos de economía privada (*Idem*, 1992: 74).

Habermas ha señalado que este proceso de cambio y transformación de la sociedad capitalista ha estado marcada por dos tendencias históricas

en el desarrollo evolutivo del capitalismo, que se hacen notar con gran claridad desde finales del siglo XIX: «1) Un incremento de la actividad intervencionista del Estado, tendente a asegurar la estabilidad del sistema; y 2) una creciente interdependencia de la investigación y técnica, que convierte a las ciencias en la primera fuerza productiva» (*Idem*, 1992: 81). Ambas tendencias ponen fin a los primeros momentos del capitalismo liberal, en el que la forma de producción proveía a la sociedad capitalista de un mecanismo de legitimación inmediato (donde la acción racional en procura de la extensión de los procesos de trabajo se justificaban en el intercambio justo de valor en el mercado, incluido el intercambio de valor equivalente de la mercancía fuerza de trabajo). Ambas tendencias van a crear la necesidad de un programa legitimador sustitutivo al del capitalismo liberal clásico, donde la combinación de intervención del Estado y la ciencia y la tecnología formarán los elementos fundamentales en la generación de una nueva justificación legitimatoria del sistema social.

Los procesos de regulación estatal de la economía fueron una respuesta a las múltiples crisis de la economía en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, que desembocaron en las dos guerras mundiales y en la crisis económica mundial de 1929, que acabaron con el capitalismo liberal en su primera versión histórica, que consistió básicamente en que el Estado corrigiera las disfuncionalidades del proceso económico capitalista cuando éste quedaba abandonado a sí mismo; cuya evolución entra en contradicción con el principio de autorregulación por el mercado de la economía y la sociedad, y de una sociedad civil que se emancipa del dominio y se emancipa del poder.

La intervención del Estado en la corrección de los desequilibrios de la economía vía planificación fiscal, y en la corrección de desajustes sociales con la intervención de los «mercados laborales» y la creación de derechos sociales que garantizan salud y educación a las grandes mayorías sociales a través del Estado de Bienestar, acaba, temporalmente al menos, con la ilusión de la autorregulación bajo los principios de una economía privada descentralizada y con su principio de legitimación asociado, vale decir, el de la equidad y equivalencia en el intercambio de mercancías.

Con el desmoronamiento del principio de legitimación del primer liberalismo –el principio del intercambio justo– se abre la puerta a un programa legitimador sustitutivo, que se centra en la actividad intervencionista del Estado y las consecuencias sociales que genera. Una actividad estatal que debe compensar los desajustes que produce el libre intercambio. Este programa, exitoso durante los treinta años siguientes a la Segunda Guerra Mundial, estableció una conexión entre la ideología burguesa del rendimiento individual con la garantía de un mínimo bienestar, de la estabilidad en el puesto de trabajo y de la estabilidad en los ingresos. Este programa legitimador sustitutivo garantizó la estabilidad a largo plazo del sistema de dominación, a través de un mecanismo permanente de estabilización global que combina la planificación fiscal, monetaria y financiera con la iniciativa privada, combinándola con la garantía de seguridad social y las oportunidades de promoción personal. Lo anterior pone en marcha un doble movimiento contradictorio, pero que soportó la presión de su contradicción mientras el crecimiento de la tecnología se mantuvo dentro de un rango de evolución normalizada; que se expresó en el crecimiento del espacio para la intervención del Estado simultáneamente con el estrechamiento del espacio regulador del mercado, precisamente para garantizar la forma privada de revalorización del capital, asegurando el asentimiento de las masas a esta nueva forma de dominación.

En la medida en que este nuevo programa de justificación de la producción colectiva de valor y su apropiación privada regresa la legitimación a una condición política, en virtud de que el principio de intervención estatal de la economía es un principio de regulación político, vuelve a registrarse esa coacción a la legitimación política directa que caracteriza a las sociedades tradicionales. Sólo que el restablecimiento de un principio tradicional de legitimación ya no es posible, por el proceso de destrucción cultural de la sociedad tradicional y el amplio proceso de avance de la sociedad secularizada basado en la conquista de derechos constitucionales fundamentales y garantías individuales (derechos electorales y derechos individuales inalienables), que hacen inviable un regreso a principios tradicionales de legitimación.

Es por ello que en las sociedades capitalistas modernas el poder despótico del Estado cede lugar a una concepción negativa de la política. Es decir, el proceso de intervención del Estado se orienta y se limita a los procesos de prevención dirigidos a limitar los procesos de desequilibrio y desajuste tanto en el ámbito estrictamente económico como en el social, conservando por separado ambas motivaciones a la crisis, disminuyendo así las probabilidades de una crisis global –espantando el fantasma de la crisis del 29–. Con lo que otra vez encontramos en esta nueva reestructuración de la sociedad que los riesgos que amenazan la estabilidad implícitos en el mecanismo de revalorización privada del capital en mercados altamente organizados, pero de riesgos en definitiva manipulables, delinear y predefinen el tipo de acciones preventivas que van a ser aceptadas mientras puedan ser puestas en consonancia con la oferta de legitimación existente. Con lo que la política se limita a los problemas técnicos generados por las exigencias de regulación del sistema (política en un sentido negativo), en donde el empuje renovado del desarrollo de las ciencias sociales en la segunda posguerra encuentra un lugar privilegiado en este nuevo sentido de la política como regulación técnico-social del sistema (las nuevas ciencias sociales producirán las informaciones y conocimiento que harán perfectamente racional la intervención técnico social del sistema, proporcionarán los nuevos métodos de intervención y regulación social). La política como regulación técnica dejará por fuera los contenidos prácticos de la acción política, y con ello la discusión sobre criterios que sólo podrían ser materia de una formación democrática de la voluntad política. Esto conlleva una consecuencia que Habermas señala de la siguiente manera.

La solución de tareas técnicas no está referida a la discusión pública, ya que lo único que ésta haría sería problematizar las condiciones marginales del sistema dentro de las cuales las tareas de la actividad estatal se presentan como técnicas. La nueva política del intervencionismo estatal exige por eso una despolitización de la masa de la población. Y en la medida en que quedan excluidas las cuestiones prácticas queda también sin funciones la opinión pública política (*Idem*, 1992: 85-86).

Habermas, no obstante, hace un necesario ajuste a lo afirmado en el párrafo anterior, cuando advierte que aun con las necesidades de

carácter técnico –de nuevo cuño científico– de la intervención estatal, el marco institucional de la sociedad moderna sigue definido no sólo por subsistemas de acción racional sino por cuestiones prácticas definidas por la acción comunicativa, con lo cual le crea al programa sustitutivo de legitimación la necesidad de justificar la despolitización de las masas a esas mismas masas. Lo que abre la cuestión del papel legitimador que comienzan a asumir la ciencia y la tecnología en el programa de legitimación sustitutivo.

La otra tendencia en el proceso evolutivo del capitalismo, que se expresa en el crecimiento acelerado de las fuerzas productivas por el desarrollo de las técnicas de producción que elevan de manera sorprendente y permanente los niveles de producción y productividad, sufre también una mutación con el paso del capitalismo manufacturero al capitalismo industrial, que se manifiesta en la cientifización de la técnica de acuerdo con un proceso en el que el progreso científico y el progreso técnico han quedado asociados y se alimentan mutuamente. Esto se hace patente con la reestructuración de la organización productiva sobre la base de las teorías de la organización del trabajo y de la organización de Taylor y Fayol, donde se asegura no sólo que los procesos técnicos quedan sometidos a principios científicos dictados por el nivel funcional de las máquinas, sino que el proceso mismo de organización del trabajo queda sometido a criterios científico-técnicos de la nueva fábrica de producción en serie. La nueva dependencia de la técnica de la investigación científica se intensifica por las iniciativas del Estado en la promoción de la investigación científica para mejorar la producción de armamento, así como la creación de nuevas armas. Lo que produjo en las sociedades capitalistas desarrolladas un flujo de información, procesos de trabajo y nuevos materiales y productos hacia el mundo de la producción de bienes civiles.

Esta nueva realidad haría depender el progreso económico de los procesos de investigación, descubrimiento e innovación impulsados desde los programas de investigación científica; de tal manera que si bien la determinación de las orientaciones y finalidades y de estos programas está determinada por los intereses generales de la sociedad como un

todo, estos procesos crean también, de inmediato un interés por el mantenimiento del sistema. Esto convierte a la ciencia y a la tecnología en una especie de proceso cuasi-autónomo del que pasa a depender la variable más importante del sistema, como lo es el progreso económico. De tal manera que las necesidades de regulación técnica sustraen de la discusión pública la permanente tensión provocada por la contradicción entre la forma privada de la revalorización del capital y la clave de distribución de las compensaciones sociales que aseguran el asentimiento de la población, con lo que el discurso científico-técnico asume una función directa como ideología del sistema; pero, como plantea Habermas, sin asumir la vieja forma de ideología:

La conciencia tecnocrática es, por una parte, menos ideológica que todas las ideologías precedentes; pues no tiene el poder opaco de una ofuscación que sólo aparenta, sin llevarla a efecto, una satisfacción de intereses. Pero por otra parte, la ideología de fondo, más bien vidriosa, dominante hoy, que convierte en fetiche a la ciencia, es más irresistible que las ideologías de viejo cuño, ya que la eliminación de las cuestiones prácticas no solamente justifica el interés parcial de dominio de una determinada clase y reprime la necesidad parcial de emancipación por parte de otra clase, sino que afecta al interés emancipatorio como tal de la especie (*Idem*, 1992: 96-97).

A partir de aquí, la lógica científica y tecnológica parece generar las coacciones materiales concretas a las que ha de ajustarse una política orientada a satisfacer necesidades funcionales. Es decir, en nombre del desarrollo económico (del mantenimiento del flujo de bienestar en forma de trabajo, rentas al capital y al trabajo, educación y salud, y de las garantías constitucionales e individuales, que podrían ser interrumpidas por una situaciones de crisis) las cuestiones política y de la praxis devienen en cuestiones técnicas, lo que ocasiona una pérdida de las funciones de la voluntad democrática en relación con las cuestiones prácticas a favor de decisiones plebiscitarias relativas a los equipos alternativos de administradores (*Idem*, 1992: 88) que deben mantener supuestamente la autorregulación del sistema. Se impone entonces el modelo tomado de la teoría de sistemas, que obtiene su referencia en la cibernética para

simular procesos de planificación para la autorregulación técnica de los sistemas sociales.

Se busca entonces de manera abierta, bajo los criterios de acción tecnocráticos, poner en marcha procesos de estabilización social análoga a la estabilización que representa la programación instintual o de la conducta adaptativa. Con lo que el crecimiento del acervo de conocimiento científico para el control de la naturaleza se convierte también en control del hombre mismo, de tal manera que como plantea Habermas, el hombre no sólo podría ya, en tanto que *homo faber*, objetivarse íntegramente a sí mismo por primera vez y enfrentarse a sus propios productos autonomizados, sino también podría quedar integrado a su propio aparato técnico como *homo fabricatus* (*Idem*, 1992: 90), con lo que la acción racional con respecto a fines no solamente mantiene un predominio frente al marco institucional, sino que va absorbiendo poco a poco a la acción comunicativa en tanto que tal. Con lo que los costos de la estabilidad económica y social en las sociedades capitalistas se pagarían en procesos de mayor alienación que la reportada por Marx durante el primer capitalismo, tal como lo plantea Habermas:

El rendimiento peculiar de esta ideología consiste en que disocia la auto-comprensión de la sociedad del sistema de referencia de la acción comunicativa y de los conceptos de la interacción simbólicamente mediada y los sustituye por un modelo científico. En la misma medida, la auto-comprensión culturalmente determinada de un mundo social de la vida queda sustituida por la autocosificación de los hombres bajo las categorías de la acción racional con respecto a fines y del comportamiento adaptativo (*Idem*, 1992: 89).

La tendencia de predominio tecnocrático efectivamente ha sido una de las manifestaciones de la política en la sociedad moderna en donde la necesidad de regulación ha recaído sobre la intervención del Estado –hasta que ésta comenzó a debilitarse en los años ochenta–, aun cuando este predominio no ha logrado ahogar la conciencia práctica sobre la supremacía del momento ético-político de la sociedad humana. Sin embargo, ha marcado dos cuestiones muy importantes. La primera, la constituye el desplazamiento de la confrontación de clases por los problemas

de evitación y mantenimiento del sistema, en donde la tensión en relación con los conflictos distributivos queda deslastrada de la clásica visión clasista. Esto no quiere decir que hayan desaparecido los problemas sociales ocasionados por las desigualdades generadas por el sistema, sino que éstas se transforman en nuevas expresiones, como lo es el contraste entre el nivel alcanzado en la producción por el moderno aparato industrial, así como en la planificación fiscal, monetaria y financiera frente a los menguados logros –cuando no retrocesos– en los sistemas de salud, educación, urbanismo, ambiente. La segunda es que, al contrario de lo planteado por Marx, el crecimiento revolucionario de las fuerzas productivas ya no representa *eo ipso* un potencial excedente con consecuencias emancipatorias, en virtud de las cuales los procesos de legitimación del orden vigente pudieran empezar a desmoronarse. Este argumento es la puerta de entrada precisamente para abordar los problemas de legitimación en las sociedades del capitalismo tardío a partir del discurso postmoderno.

*LAS TRANSFORMACIONES EN EL SABER Y LA CRISIS
DE LEGITIMACIÓN EN LAS SOCIEDADES POSTMODERNAS*

El pensamiento postmoderno tiene como objeto de reflexión los procesos de transformación de la cultura que se producen con la radicalización del capitalismo, como resultado de una nueva transformación revolucionaria de la ciencia y la tecnología, así como la crisis de los procesos de legitimación social por la declinación del régimen regulatorio de la segunda post-guerra basado en la intervención del Estado y en el dispositivo del *Welfare State*.

Un nuevo giro en el proceso revolucionario de la ciencia y la tecnología lleva a una nueva transformación revolucionaria en las fuerzas productivas, sólo que esta vez la novedad no reside en la transformación de los sistemas mecánicos o en los mecanismos de transmisión, o en la aparición de una nueva forma de energía, sino en la transformación del conocimiento de manera directa –sin mediación– en fuerza productiva, en tecnología a través del desarrollo de las modernas tecnologías de la información, en donde la manipulación de códigos de información se transforma en la producción directa de valor de cambio.

Esto es posible con la transformación misma del saber que se produce con la revolución de la información, que impacta la investigación y la transmisión de conocimientos. Para la primera el ejemplo emblemático lo constituye la genética, que debe su paradigma teórico a la cibernética. Para la segunda, hoy ha crecido de una forma exponencial la capacidad de manejo, almacenamiento y disposición de datos para la explotación del conocimiento, donde un elemento fundamental lo ha constituido el aumento progresivo de la capacidad de miniaturizar los aparatos y su calidad de ser objetos portátiles. Es en estos dos atributos donde reside precisamente la conversión del conocimiento en fuerza productiva directa.

En este sentido, Lyotard nos señala una cualidad en este proceso de transformación del saber que será responsable simultáneamente tanto del proceso de radicalización del capitalismo, como del proceso de transformación cultural de las sociedades de la modernidad tardía. Como lo constituye el hecho de la patente exteriorización del saber con respecto al «sabiente», en cualquier punto en que éste se encuentre en el proceso de conocimiento. Esto lo que significa es que el proceso de adquisición del saber se desvincula de la *Bildung* como formación del espíritu e incluso de la persona como tal, que había caracterizado a la modernidad, para adquirir cada vez más la forma de la relación que se establece entre proveedores y usuarios. Con lo que el saber tiende cada vez más a revestir la forma que los productores y consumidores de mercancías mantienen con estas últimas, es decir, la forma de valor. El saber es y será producido para ser vendido, y es y será consumido para ser valorado en una nueva producción: en los dos casos, para ser cambiado. Deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su «valor de uso» (Lyotard, 1989: 16).

Esto va a tener un impacto muy importante sobre las organizaciones tal como son concebidas por el industrialismo: gigantes e integradas vertical y horizontalmente bajo los principios científicos de la organización; así como sobre los mercados de trabajo, donde se debilitarían las garantías al derecho al trabajo y a la estabilidad en el ingreso, en la medida en que estos objetivos se evaporaban como metas del Estado intervencionista. Pero tendrá también repercusiones sobre la cultura, con

la disolución de la era de la sociedad de producción en masa al estilo de la que tuvo su apogeo en los años sesenta. Estamos frente a una transformación profunda del capitalismo y la sociedad, de un tipo más radical de la que se produjo con el paso de la manufactura al industrialismo, con una reforma radical de las organizaciones de los mercados de trabajo y de la cultura que fue el resultado también del impacto de una revolución tecnológica.

Lyotard va a partir de la crisis del anterior programa legitimador de la sociedad industrial, tal como lo hizo Habermas desde la crisis de legitimación del capitalismo liberal decimonónico; sólo que, al contrario de éste, no se encontrará con un nuevo programa de legitimación sino con un proceso de radicalización del capitalismo, bajo la ilusión del regreso al libre mercado impulsado por fuertes procesos de desregulación económica y social al interior de los Estados nacionales y de una mayor interdependencia económica mundial resultado de la apertura económica de las naciones. Sin que estos procesos proporcionen nuevos principios de regulación y estabilización del sistema, sino al contrario, un aumento preocupante de la inestabilidad y la crisis generalizada a nivel mundial, en donde se ha generado un crecimiento significativo de la desigualdad junto con un crecimiento importante de la exclusión social, tanto en el centro del sistema como en su periferia. La anomia social en forma de crecimiento de la desigualdad social, el desempleo, la pobreza, déficit de la seguridad social, aumento de la incidencia del crimen, el deterioro ambiental, el terrorismo y la guerra, que pareció dejar atrás los acuerdos de la segunda postguerra, regresan bajo nuevas formas que traen como consecuencia el aumento de la exclusión social en múltiples formas.

Con la apertura de la economía bajo la ilusión del libre mercado, junto a la nueva revolución científico-tecnológica de la información, se ha producido una erosión del programa legitimador del industrialismo, encarnado en los procesos de regulación del Estado y la sociedad. El saber como nueva fuerza productiva ejerce una presión transformadora sobre el carácter de la fuerza de trabajo y sobre el funcionamiento de los mercados de trabajo, así como de las organizaciones en donde se horizontalizan y descentralizan los procesos organizativos y de trabajo al interior de las empresas para poder hacer frente a una demanda de nuevo tipo.

La empresa bajo el efecto de la nueva tecnología disuelve los viejos principios científicos de la organización tal como se produjeron bajo el influjo de las ideas de Taylor y Fayol, para hacerse más descentralizada y horizontal, en donde el concepto fundamental de puesto de trabajo a partir del cual se construyeron las organizaciones centralizadas y autoritarias cede espacio al concepto de equipo de trabajo y donde la autoridad se disuelve en el concepto de responsabilidad compartida. El mercado de trabajo también se transforma por la pérdida de la estabilidad, representada por el concepto de carrera; y junto con esto la pérdida de la estabilidad en el ingreso; aumenta el desempleo a tiempo completo junto con un aumento del trabajo a tiempo parcial de baja remuneración, lo que trae el empobrecimiento de la masa trabajadora con empleo. Esto último es muy importante para el naufragio del programa legitimador de la era industrial, porque precisamente lo que este programa perseguía con la intervención y estabilización del sistema era el asentimiento de las masas a los procesos de valoración privada del capital y sus procesos compensatorios, evitando el incremento de la pobreza entre la gran masa trabajadora. Este es uno de los puntos que logran ser revertidos con los procesos desregulatorios de los años ochenta que debilitaron los procesos de seguridad social (empleo, ingresos, educación, salud, recreación) garantizados por el Estado de Bienestar.

La transformación del saber tiene también un efecto sobre la imagen que la teoría social produjo de la sociedad, sobre la visión de sí misma como sistema autorregulado. El principio de sistema corresponde a la estabilización de las economías en crecimiento de las sociedades de la abundancia bajo la égida del *Welfare State*. Esto corresponde a la visión tecnocrática de la sociedad como sistema autoprogramable capaz de optimizar la relación global de sus *input* con sus *output*; de la sociedad como totalidad unida, y de ahí su enorme poder de seducción. La sociedad de la modernidad tardía se concibe como individualista y descentralizada, no en el sentido de la disolución del lazo social, para constituir una masa de átomos individuales, sino en el sentido en que el individuo reconoce lo social a través del entramado comunicacional en donde el aspecto lingüístico ha recobrado una renovada importancia y donde

el hombre, desde su nacimiento, se reconoce ya situado con referencia a la historia que cuenta su entorno (*Ibidem*, 1989: 38). Esto en síntesis lo que significa es un desgaste de los principios republicanos y universalistas de la modernidad ilustrada y que hizo posible el autoentendimiento de la sociedad como sistema gobernado por la razón como ente liberador. Hoy el carácter emancipante de la razón y su resultado máximo, como lo son la ciencia y la tecnología, han perdido su poder de encantamiento por su incapacidad de hacer valer la promesa liberadora de la Ilustración.

*LA DEMOCRACIA Y UN NUEVO PRINCIPIO LEGITIMADOR
DE LAS SOCIEDADES DEL CAPITALISMO TARDÍO*

Los cambios revolucionarios en la estructura social, guiados por una nueva radicalización del capitalismo y la revolución tecnológica que se producen desde finales de la década de los ochenta, han erosionado, como hemos visto, el programa legitimador que se construyó a partir de la segunda postguerra, tendiendo como principios fundamentales a la intervención del Estado en la economía y en la capacidad de la razón (razón instrumental) de generar la capacidad científico-técnica para regular a la sociedad, entendida como sistema en los términos en que fue postulado por la teoría de sistemas (el control social bajo los criterios de la razón científica).

El aumento de la inestabilidad social, como resultado de la reaparición de las crisis económicas generalizadas que acompañan el nuevo redespiegue del capitalismo, pone en evidencia el debilitamiento de los mecanismos reguladores y estabilizadores que formaron parte del arsenal de políticas con que el Estado «keynesiano» hizo frente a las crisis, y que lograron espantar el fantasma de la crisis del 29. El cambio en las prioridades del Estado, privilegiando el control inflacionario y la apertura de los mercados por sobre los objetivos del empleo, la estabilidad de los ingresos y la seguridad social, ha producido el moderno proceso la pérdida de legitimidad del Estado, sin que suceda lo mismo con el capitalismo.

La insistencia del Estado intervencionista en el control técnico de las decisiones por sobre el debate democrático de las cuestiones prácticas,

con el naufragio del programa legitimador de regulación estatal de la sociedad, produjo un profundo desencanto respecto de la política en la medida en que se evaporaba de la discusión pública todo interés por corregir el creciente fenómeno del desempleo, la reaparición de la amenaza de la pobreza y la desigualdad producida por los nuevos fenómenos de transformación del trabajo y la organización. La gran masa trabajadora quedaría sometida a los procesos salvajes (inestabilidad e incertidumbre sobre el empleo y el ingreso) que caracterizan la ilusión renovada en la posibilidad de que la sociedad pueda ser regulada desde y por el mercado.

La sociedad del capitalismo tardío no ha conseguido hasta ahora un principio de legitimación que logre el asentimiento de las masas para la radicalización del proceso de revalorización y apropiación privada del capital, con una desmejora significativa en los procesos distributivo para el sector laboral. Peor aún, estamos sometidos a una nueva embestida ideológica cuando se pretende someter el control de las sociedades actuales, sumamente complejas, a principios de subasta propios de la ideología del libre mercado.

Esto expone la sociedad a graves riesgos, más allá de los ya mencionados (desempleo y pobreza), amplía a una escala peligrosa los fenómenos de distanciamiento entre los sistemas de acción racional y el sistema de acción cultural.

El cambio cultural complejo de las sociedades postmodernas, sin ningún principio de legitimación, ha traído como consecuencia que se amplifique la separación entre las presiones autónomas de los asuntos técnicos sociales y las presiones urgentes que generan los problemas de la identidad. Lo que ha traído como consecuencia que las sociedades reaccionen buscando principios de convivencia, o en la falacia del libre mercado o en el nacionalismo identitario. Ambos extremos son expresiones fundamentalistas, que pretenden imponer sus narrativas sobre la verdad y el bien de manera totalitaria. Con el regreso de las crisis generalizadas del tipo de la Gran Depresión se produce *mutatis mutandi* un regreso a los dilemas que caracterizaron la sociedad mundial de los años treinta entre democracia y totalitarismo.

Es por ello que no debe extrañarnos que el gran enfrentamiento que mantiene hoy en vilo a la humanidad entre el radicalismo árabe y los EE.UU., se produce entre una visión nacionalista, fundamentalista de carácter religioso y una visión fundamentalista neoliberal teñida de una inocultable visión religiosa. Ambas empaquetan su lucha en términos de una pretendida cruzada contra el mal.

El neoliberalismo que hoy dominante entre la élite de la sociedad mundial ha impuesto una visión desde la posibilidad de la autorregulación de la sociedad por el mercado, sobre la base no sólo de principios de la economía neoclásica sino incorporando los elementos de la autorregulación programable de la teoría de sistemas bajo principios científico-técnicos que se encuentran disponibles en la nueva ciencia. Esta visión, radicalizada en los ochenta sobre las posibilidades del libre mercado como principio de regulación social, ha abandonado a su suerte a inmensos contingentes de la población, tanto en el centro como en la periferia, a la suerte de las turbulencias de los mercados especulativos y de alto riesgo que han caracterizado la economía en las décadas recientes.

En las respuestas a las tribulaciones de la democracia moderna, tanto en el pensamiento liberal de Rawls como en el pensamiento crítico de Habermas, que han insistido en las últimas dos décadas en construir un ideal de vida sobre la base de ideas racionales y razonables para la obtención de un consenso para la convivencia democrática: el velo de la ignorancia y la acción comunicativa. Se nota un olvido del hecho de que para la convivencia social de carácter racional y democrática no basta con convencer a otros sobre ideas generales de carácter racional; porque ello puede conducir, y de hecho ha sido así, a una idea de democracia altamente formalizada y sin ningún contenido; que en la práctica han provocado que la población abandone la vida pública y el apoyo activo a la democracia. Cuando los ciudadanos entienden que lo único que está en juego en una concepción jurídica del Estado es el modelo de producción del capitalismo como fundamento de la vida material, dejando el resto de la pluralidad de intereses por fuera de la deliberación, como premisa para garantizar un acuerdo mínimo racional sobre la democracia liberal razonable, la vida ciudadana, comunitaria, se vacía

de todo contenido y se vuelve vana e ilusoria y carece de la pasión humana para su sustentación.

Esta situación ha sido aprovechada por los políticos xenófobos, totalitarios, o por los extremistas del libre mercado, para proponer de manera unilateral su versión unívoca de la verdad, ante una masa desencantada y que no ve reflejada en la sabiduría política convencional (el liberalismo) sus verdaderos y reales intereses, convirtiéndose de esta manera, en presa fácil de los demagogos y aventureros de los que se ha poblado la vida política moderna. Es en esta situación de desorientación e incompetencia del pensamiento político liberal donde reside el riesgo de la operación ideológica engañosa y manipuladora de la verdad/voluntad única que obtiene su correspondiente reflejo en el nacionalismo totalitario.

Nuestro planteamiento es que la posibilidad de obtener un nuevo programa legitimador pasa por un proceso de profundización de la democracia, por la creación de una democracia avanzada que no se reduzca como hasta ahora sólo a lo procedimental, a la escogencia de aquellos que deben tomar las decisiones.

Para ello debemos partir precisamente de los cambios culturales importantes en las últimas décadas que han debilitado profundamente los fundamentos de la vida republicana en donde las condiciones de la ciudadanía pasa por el cumplimiento de los grandes valores universales: la idea de pueblo, nación, espíritu o sociedad, y por un principio de responsabilidad personal adscrito a la ética del deber. Es decir, las posibilidades de una democracia avanzada pasa precisamente por la disolución del poder legitimador de los grandes relatos: teoría del progreso o cualquier otra teoría universal con supuestos atributos liberadores.

Entonces, de lo que se trata es de construir una democracia que conservando los logros alcanzados hasta ahora en materia de derechos fundamentales constitucionales, sociales e individuales, reconociendo los dos principios fundamentales de la democracia moderna: libertad e igualdad, el carácter necesariamente liberal de la democracia. Pero al mismo tiempo superar las debilidades de una democracia de consentimiento, la pasividad promovida entre los ciudadanos por la sociedad

de consumo, dominada por grandes organizaciones mercantiles, técnicas y administrativas. Esto hace necesario procurar conciliar la idea de derechos sociales con la libertad política y no la utilización de lo primero contra lo segundo, tal como es estimulada de hecho por las corrientes neoliberales que plantean la negación absoluta de cualquier posibilidad de conciliar igualdad y libertad, optando por el principio de libertad negativa, y dejan abandonadas a las mayorías sociales a merced de las violentas fluctuaciones que se producen en una sociedad atrapada en la ilusión de la autorregulación económica.

Compartimos con Touraine la idea de que podemos alcanzar una democracia avanzada si comprendemos que en las sociedades actuales, donde los servicios culturales reemplazaron a los bienes materiales en el centro de la producción, es la defensa del sujeto en su personalidad y su cultura, contra la lógica de los aparatos y los mercados, la que sustituye tanto la vieja idea de la lucha de clases como la del sometimiento a la lógica del Estado Benefactor (Touraine, 1998: 172).

Este sujeto es radicalmente distinto al ciudadano republicano ya que no pretende la realización de valores universales o expresarse o realizarse a través del cumplimiento de un rol social, o por cumplimiento de una ética de deber, sino que el sujeto es aquel capaz de modificar su medio ambiente y de hacer de sus experiencias de vida, pruebas de su libertad. El individuo se convierte en sujeto no cuando se identifica con la voluntad general y cuando es el héroe de una comunidad sino, al contrario, cuando se libera de las normas sociales del «deber de Estado» (*Ibidem*, 1998: 182).

El sujeto combina de hecho tres elementos que son imprescindibles: 1) la resistencia a la dominación; 2) el amor a sí mismo, mediante el cual él postula su libertad como la condición principal de su felicidad como su objetivo central; 3) el reconocimiento del otro como sujeto y el respaldo dado a las reglas políticas y jurídicas que dan al mayor número de personas las mayores posibilidades de vivir como sujetos. Esto aleja la idea de sujeto tanto de la idea de individuo que surge del derecho natural, como del individualismo utilitarista (*Idem*, 1998: 183).

La idea de una democracia avanzada concibe a la democracia no como un fin en sí mismo sino como un medio para la realización del sujeto

personal y social, para la realización de un *proyecto de vida* en libertad. Para que ello sea así se impone una inversión de perspectivas en el sentido de abandonar la creencia de que son las instituciones las que crean la personalidad, por la de que es desde la personalidad donde se puede hacer posibles y sólidas unas instituciones democráticas (*Idem*, 1998: 188).

Para construir esta democracia avanzada necesitamos sin duda de un nuevo saber distinto al proporcionado y acuñado en la matriz epistémica de la modernidad. Es necesaria una recuperación de la sabiduría práctica, como saber a un mismo tiempo teórico y prático, opuesto al entendimiento propio de la teoría científica. La sabiduría práctica está referida a la vida de los hombres en la *polis*, como comunidad de hombres libres, que hace énfasis en los hombres que actúan exclusivamente por libre elección, con lo que la praxis adquiere el sentido de la realización de la vida del ciudadano.

Esta posibilidad de saber y determinación de la vida del hombre en común se abre en la capacidad humana de anticipación y libre elección. Con lo que la *praxis* humana aleja lo humano de la naturaleza, de la conducta instintual o adaptativa, para radicar en la virtud humana el carácter específico de la libertad del hombre, en el saber y la libre elección que le corresponde como rasgo de la inteligencia de la reflexión.

Mientras la voluntad tecnocrática traza los fines humanos de acuerdo con un criterio externo al del ser humano, el proporcionado desde el objeto por la razón científico-técnica (*la techne*, la fabricación por la tecnología, fundamento moderno del *homo faber*). El conocimiento práctico que conserva y supera al conocimiento objetivo determina los fines humanos desde sí mismo, sin atender a fines ajenos y sin la posibilidad de obviar la propia reflexión y el regreso permanente sobre la praxis humana. Es decir, la determinación del bien, de lo justo, de la felicidad humana no puede deducirse, ni mucho menos justificarse, desde la mera técnica, sino desde los fines determinados humanamente.

El saber práctico no parte de la construcción de un ideal abstracto de sociedad, separada de toda condición de la vida humana de la historia y su historicidad, así como tampoco construye un ideal del hombre donde se ignora su propia naturaleza profundamente contradictoria, determinada por sus afectos y pasiones, por su naturaleza violenta

y conflictiva, que le viene como ser histórico separado de la naturaleza. Es necesario destruir la imagen del hombre sólo como ser abstracto racional para poder comprender que el hombre está constituido también por sus afecciones, por emociones y sentimientos irracionales, que lo impulsan junto con la razón a un ideal de vida justa.

El falso optimismo neoliberal, que identifica como tendencia única de la humanidad el capitalismo liberal y la democracia formal y por tanto es ajena a la necesidad permanente de justificación ética, moral y política, en la contraposición de diferentes principios cuya exégesis nunca es acabada o cerrada sino siempre abierta e infinita, genera una visión de la política incapaz de entender las crispaciones que en la sociedad nacional y mundial produce la imposición de modelos de mercados como forma de inducir el desarrollo artificial de democracias representativas. Y crea el caldo de cultivo necesario para el nacimiento de los movimientos nacionalistas fundamentalistas radicales que hoy florecen en las sociedades en desarrollo.

Sólo la participación activa de todos los hombres de una determinada sociedad, en la discusión sobre las diversas formas de la vida buena y de sus diversos principios, es lo que determina la verdadera praxis como teoría en cuanto a alcanzar una cierta sabiduría que permita orientar a los hombres acerca de la elección de fines y que conduzca a ese elegir a su conclusión práctica que se expresa en la decisión. Esto no se alcanza cuando se actúa siguiendo planes de acuerdo con el propio arbitrio, o desde la derivación de condiciones ajenas a la vida social efectivamente vivida, sino que se tiene que interactuar con los demás y codeterminar los asuntos comunes a través de la acción práctica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- HABERMAS, JÜRGEN (1992). *Ciencia y técnica como «ideología»*, Madrid: Editorial Tecnos.
- LYOTARD, JEAN-FRANÇOIS (1989). *La condición postmoderna*, Madrid: Ediciones Cátedra.
- TOURAINÉ, ALAIN (1998). *¿Qué es la democracia?*, Argentina: Fondo de Cultura Económica.